

LUZ DE CANDIL

REVISTA LITERARIA DIGITAL

Nº 11, JULIO DE 2019

Narraciones, reflexiones, poemas



Revista literaria digital «Luz de Candil», número 11, julio de 2019.



Imagen de portada: Croisy.

Resto de fotografías: comfreak, Dimitris Vetsikas, Broesis, Pixel 2013, Michael Gaida, Conger Design, Tanuj Handa, Otto García, bngdesigns, 27707, cromaconceptovisual, ddzphoto, Arsty Bee, Marco Reyes.

Producción y edición: Belén Conde

revistaluzdecandil.wordpress.com

Aviso: los derechos y responsabilidades de los textos que aparecen en esta revista pertenecen íntegramente a sus respectivos autores, por lo que la revista no se hace responsable ante eventuales quejas de terceros.

Esta es una publicación gratuita, cuya única función es la de divulgar obras de autores noveles para lograr con ello una mayor difusión de su talento. «Luz de Candil» puede descargarse gratuitamente desde la web siempre que se respeten los derechos de los autores, se mencionen las fuentes oportunas en caso de difusión y no se modifiquen ni exploten con fines de lucro, ni total ni parcialmente, los contenidos de la misma.

De conformidad con el Artículo 5 de la Ley de Protección de Datos, informamos a los autores de que los datos personales facilitados a «Luz de Candil» se encuentran recopilados en un fichero, y su función es meramente informativa. Dichos datos se encuentran disponibles en todo momento para su consulta, rectificación o cancelación (escribir a: revistaluzdecandil@outlook.com)

EDITORIAL (JULIO)



Aquí está Julio, uno de los meses más calurosos (o fríos, según el hemisferio donde se esté, pues, ¿no es todo, al final, una paradoja?) del año. Mes de vacaciones para la mayoría, resulta una buena oportunidad para reflexionar sobre lo hecho durante la primera mitad del año y, por qué no, pluma en mano, poner en orden pensamientos, sentimientos y emociones.

Este nuevo número de «Luz de Candil» trae historias de meses anteriores, pero también aires nuevos cargados de letras para los posteriores. Esperando y deseando siempre que sigan con nosotros, por amor a las letras.

Un abrazo y feliz lectura,

Belén

Creadora de «Luz de Candil»

ÍNDICE

<i>Poema: Azul</i>	5
<i>Microrrelato: Insulsia</i>	7
<i>Poema: Apócope de estar vivo</i>	8
<i>Relato: Clarividencia</i>	10
<i>Relato: Aproximadamente vivos</i>	12
<i>Poema: Se me paró el reloj</i>	16
<i>Poema: Fotografías</i>	18
<i>Relato: Bajo la luz del candil</i>	20
<i>Poema: Nuestra esperanza</i>	22
<i>Relato: Y hemos vivido</i>	24
<i>Relato: Y todo empezó</i>	25
<i>Artículo: Los duendes y las brujas: algo que contar</i>	28
<i>Poema: Poética en vuelo</i>	34
<i>Presentación del libro "La peseta"</i>	38
<i>Poema: Almizclero cervantino</i>	40
<i>Presentación del libro "Cuando el diablo se sienta a tu lado"</i>	42

AZUL

Por: Ginés Carrascoso



Es como cuando tu mirada
me avasalla poderosa
y se eterniza
haciéndome diminuto.

~

O a veces, es el frío...
la muerte... la palidez
de unas mejillas
añoradas.

~

O tal vez...
el aleteo de un beso...
el fulgor de unos labios
en un rojo trastornado.

~

Son amaneceres de verano,
recién llegados...
o esos atardeceres
que se desgastan
en pinceladas de gris.

~

Son unas manos
entrelazadas flotando
sin tocarse,
escondiendo caricias
entre la hierba,
dibujando corazones
en el cielo...

~

Es aquella mirada
De pestañas somnolientas
que se asombra
tras la puerta entornada

~

Es... azul.

INSULSIA
(o “La posverdad de las cosas”)
Por: Joaquín Toyos Méndez



A Tomás, su bisabuelo le había dicho que el agua del mar era salada. Que cuando él era joven se bañaban en el mar libremente, y el agua era salada. Tomas, evidentemente, no se lo creía. En el año 2.984 todos sabían que el agua del mar era dulce

Insulsia era un país que se encontraba enteramente rodeado por la región de Las Salinas, que no dejaba salida al mar para aprovechar su agua dulce. Los salinos les suministraban el agua que necesitaban a cambio de su sometimiento.

El líder insulso, Román, estaba exiliado en el Planeta 155 porque, según la Net, sus enemigos salinos tenían planeado asesinarlo. Desde allí adoctrinaba por pantallas gigantes a sus seguidores con arengas, alabando la dulzura del agua de mar que él ya había probado.

Cuando el rebelde Tomas consiguió por fin pasar al otro lado, comprobó con sus ojos la inmensidad del océano, su extraño olor. Tocó el agua, se lavó la cara con ella. Esa sensación, su piel tirante, reseca. Al secarse el agua en sus manos, pudo comprobar las manchas blancas que aparecían.

Probó el agua. Era dulce.

APÓCOPE DE ESTAR VIVO

Por: Flor Ramírez



Recostarme pequeña,
diminuta,
sobre la cama
fría y olvidada,
que pregunta
dónde habré estado
las penúltimas madrugadas.

Hallarme contenida en el lienzo
aún tieso, aún estirado,
que me prepara para lo que viene.

Para el golpe,
la caída
o el envión
que se asoma.

¿Y qué si nunca llego a estar a la altura
para vivir desde esta miniatura?

Mamá siempre decía que no se precisa de mucho tamaño
para ser una gran persona,
que eso entra perfectamente

en una pequeña fracción de nosotros,
ahí, a un costado del pecho.

Yo, que no me creo más que una rata,
insisto frente al espejo.
Me digo
que no soy solamente esto que veo.

Pero en realidad no sé si alcanzo siquiera a engañarme.

De pronto,
sentir que todo
pero que nada
importa.

Sentir que mañana todo va a estar bien,
sentir que en dos horas todo va a estar bien,
sentir que ya todo está bien,
siempre lo estuvo.

Comprender que la vida
es esto
y un poquito más.

Apreciar la vida
acá,
junto a mí,
en mi cama.

Percibir eso pequeño que vive en mí,
eso que late con energía,
eso que abunda de esperanzas,
de pasiones.

Levantarme con ímpetu
pero cuidado
para no arrugar las sábanas.
Salir a caminar,

salir a vivir
con la certeza
y el alivio
de que mamá no verá la cama deshecha.

Y ya no habrá preguntas en la madrugada,
aunque tampoco respuestas:

tan solo una canción
que habla de la soledad como un instinto.

CLARIVIDENCIA

Por: Flor Ramírez



Quería que me miraras.

Que levantas la vista y me vieras ahí, siempre por ahí, cerca pero no lo suficiente.

Que me miraras de lejos y conocieras poco a poco mi talento para estrellarme siempre con el mundo.

Que me vieras ahí, con mi torpe manera de andar por la vida.

Que admiraras mis pequeños pasos, casi saltando o trepando todo lo que se cruzara en mi camino, como en un frecuente impulso por levantar vuelo.

Quería que memorizaras todos mis gestos, que recordaras con piadosa ternura mis patéticas formas de sobrellevar incluso las situaciones más banales y cotidianas, o mis múltiples muecas a través de las que mi timidez no lograba callarse del todo.

Quería que te horrorizaras con las incontables caras que podía hacer en cuestión de segundos, o bien con el inmanente histrionismo que empleaba para contar hasta el hecho más insignificante que había sucedido minutos atrás...

Quería que te rieras de mí cuando me trastabillara, o bien me desplomara en el suelo intentando alguna picardía de la que claramente era imposible salir ileso.

Quería que me buscaras los ojos desde allí, de lejos, y que desviaras brusca y acobardadamente la mirada cuando yo me volteara hacia vos.

Quería que corrieras intuitivamente tras el primer susurro de una guitarra sonando, o de un rumor de voces alentando algún acto de estúpida valentía que ineludiblemente terminaría mal.

Quería que me pensaras en tus ratos solo, e idearas descabelladas oportunidades en que pudieras toparte conmigo. Y que luego te fastidiases al descubrir que, tarde o temprano, iba a aparecer indefectiblemente en cualquier sitio que estuvieras.

Quería que me sorprendieras a hurtadillas por algún pasillo mientras ejecutaba esos absurdos movimientos que yo llamaba bailar, y me hicieras sonrojar sin dejarme otra opción que invitarte a ser partícipe de mis payasadas.

Quería que maldijeras las incontables ocasiones en que la casualidad jugaba de nuestro lado, mas no hallábamos oportunidad que nos encontrara plenamente a solas.

Quería que te burlaras de esa ingenuidad con que solía transformar cada conversación en un intento de poesía; de mi entusiasta manía por adjudicarle una metáfora a todo cuanto estuviera a mi alcance. Y un poco más.

Quería que lamentaras tanto como codiciaras aquellos infatigables diálogos de terraza que se robaban nuestra completa atención al punto de olvidar el cigarrillo consumiéndose solo en su improvisado cenicero.

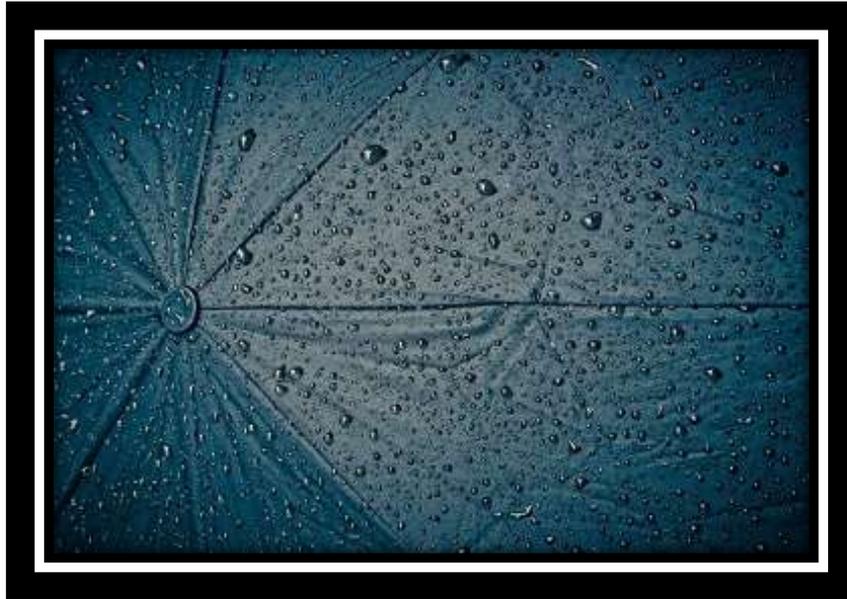
Quería que me vieras, o que me dieras al menos un vago indicio de que lo hacías. Que me dieras una razón para no creer que era yo la única imbécil que se figuraba todo eso.

Quería que te fijaras en mí.

Que me miraras como yo te (ad)miraba a vos.

APROXIMADAMENTE VIVOS

Por: Flor Ramírez



Era una mañana de lluvia perfecta. Por la ventana las gotas caían con orgánica ligereza y se oían acompasadas como un trémulo sobre el tejado. Aún no había vuelto la electricidad, pero la música en su estado más natural se las ingeniaba para no abandonarlos.

Permanecieron un rato mecidos en la cama contemplando el majestuoso espectáculo que les obsequiaba la naturaleza. De todos modos, no había más que hacer. No tenían responsabilidades que cumplir, ni invitados que atender, ni mensajes que responder, ni tareas que hacer... Un feriado con todas las letras, con todos los versos. Y sin cuerdas esta vez. Ya todo en la casa había agotado su batería. Todo había denotado su carácter imperdurable, prescindible. Todo caducaba. Menos ellos (al menos no todavía). Se sentían plenos, vivos sobre toda materia inerte que los rodeaba. Vivos como la lluvia.

Pero no por mucho tiempo.

Ella se levantó con un repentino movimiento. Exaltado, él adoptó una posición similar para permanecer a la misma distancia previa. No quería volver a alejarse.

-- Me tengo que ir-- masculló ella, dubitativa. No; pensativa.

«¿Por qué?» casi atinaba a decir él. Pero eso solo empeoraría las cosas. Algo la inquietaba, mas había tomado la determinación de marcharse; sabía que aquello no iba a lograr modificarlo.

-- ¿Con esta lluvia? Esperá al menos un rato a que pare un poco, nada te apur... -- dijo él en un tono de voz que iba decreciendo hasta llegar a un susurro cuyas últimas palabras desvaneció. Se había preocupado por elegir las palabras adecuadas, pero aun así sabía que nada hubiera funcionado.

-- Exactamente. Tengo que aprovecharlo. Es el día ideal para morir.

«Pero prometiste que ibas a dejar pasar un último invierno». No, sonaría más a un desafío que a otra cosa. Ya no supo qué agregar. Qué refutar. No tenía sentido contradecirla. Y en parte era cierto: un día como ese era una bella excusa. Una bella excusa para estar juntos, no para abandonarse por siempre.

-- ¿Me querés ayudar? -- dijo ella, con esa actitud tan fresca con que encaraba todo. Como si la vida misma fuera un juego. ¿Acaso no lo es?

Dijo ayudar, no acompañar. Y claro, él era un apasionado por vivir, por el latir de los corazones, por la sangre bombeando ágilmente a lo largo de sus extremidades. ¿Cómo podía siquiera sugerirle aquello? ¿Que la ayudara? Por supuesto, pero no de la forma en que ella suponía. No iba a ayudarla a morir, sino a vivir, a querer hacerlo. Pero nada la haría cambiar de opinión, ni aunque se lo rogase, ni aunque le confesase todo. Porque no necesitaba ser querida, sino libre. Y de la forma más patéticamente cobarde, se decía él, encolerizado.

Sin embargo... Sí, existía una manera de frenar, o al menos postergar la situación: que él lo intentara primero. Ella jamás se permitiría verlo morir; era quizá el único sentimiento que se daba el lujo de gozar. Así que solo debía insinuar un intento de suicidio antes que ella pusiera en marcha su muerte. Con cautela, pero decisión, se propuso ir formulando

un accionar minucioso para llevar a cabo el plan y a la vez no perder la atención sobre cómo ella reaccionaba.

-- Me interesa ser parte, al no poder contribuir en otro aspecto. Pero primero, ¿a dónde vamos?

-- Bien puedo hacerlo acá...

Se le abrieron los ojos, las pestañas, las cejas (hasta la frente quiso expandirse), y no supo disimular el aturdimiento que le causó aquel comentario. A lo que ella continuó:

-Jaja, tampoco para tanto. Tranquilo, no pienso ensuciar tu casa --. Como siempre, todo era un juego, incluso tan cerca del abismo. La odiaba por la estúpida manera que tenía de hacerse querer, sin pretenderlo--. La otra vez pasé por una calle angosta a unas cuadras de acá. Es como un pasillo que conduce directo hacia un sector intermedio de las vías. Es justo en una curva, así que no se ve desde la estación. Además, está bastante aislada y es de tierra; dudo que alguien circule hoy por ahí...

¿A las vías del tren? No, era muy básico, muy convencional para ella. Seguramente estaba tramando otro modo de quitarse la vida, pero no lograba adivinarlo. Tantas veces había querido meterse en su cabeza; tantas otras había querido salir... Y ahora no estaba seguro de querer conocer sus intenciones.

-- Te sigo, entonces--. Qué más iba a decir(se). Inútil. Cobarde. No dejes que salga. Decile que se quede. Ofrecele un té. Una frazada. Una mascota. Una vida juntos. O una vida solos, al lado del otro.

Se limitó a sonreír, la estúpida. Se dio media vuelta, tomó su abrigo (más por hábito que por precaución, como si sirviera de algo en aquel contexto), le tendió el suyo y se hizo a un lado, como sugiriendo que abriese la puerta en uno de esos gestos feudales que le encantaba utilizar a modo de burlarse de los tiempos contemporáneos. Siempre tan disconforme con el mundo y tan conforme con ella misma. ¿O era al revés? Qué importaba, no había tiempo para dilucidaciones, había que actuar. Abrió la puerta y salieron, bajo una cómplice llovizna, a buscar el lugar indicado para morir.

Caminaron un lapso un tanto prolongado de tiempo con respecto a la distancia, un tanto más acotada de lo que lo hizo parecer, que debían recorrer. Él conocía la zona, su zona. Ella tal vez lo sabía. No obstante, se permitió el lujo de desviar los caminos, tratando no de huirle a la muerte, sino de mendigarle unos últimos pasos. Esa idiota costumbre que tenían por estirar el tiempo juntos. Como un chicle que jamás acaba de fragmentarse, cada vez más flexible, más delgado, intentando aguantar un poco más, mientras aguardaban que el otro diera el paso que faltaba. Porque ninguno estaba seguro de querer darlo sin el otro.

Y recriminándose el amilanamiento por dentro, llegaron al destino sin darse cuenta. El chicle se había tensado al punto de ya no ceder más. Iba(n) a romperse de todos modos.

-- ¿Es acá?

Y sí. Imbécil. Se dijeron ambos a sí mismos. Ella no respondió. Lo miró por un instante, como implorando ayuda, como esperando a que le rogase que no lo hiciera... y se adentró en ese estrecho pasillo de arbustos donde convivía la vejez de áridos ramales que ya no se dejaban rejuvenecer por la lluvia junto a los incipientes capullos que conservaban la esperanza de la pronta primavera.

La siguió tímidamente, eludiendo el contacto con aquella maleza que parecía venírseles encima, mientras ella acariciaba cuanto podía, dejándose teñir las manos por el frescor glauco de la hierba recién bañada. Cómo alguien que disfrutaba tanto de esas pequeñeces del mundo podría querer matarse...

Tras el frondoso callejón, arribaron a un claro y despejado paisaje de abandono. Eran vías muertas, sucias, oxidadas. No eran las del tren que tomaban siempre. No, estaban más allá. Desviadas. Olvidadas. El sector consistía en un valle entre dos curvaturas de terreno en desnivel. No había sentido el descenso, pero en algún momento esa galería repleta de broza debía correr como un tobogán que bajaba sutilmente hacia un suelo subalterno. Se tranquilizó por un momento. Había descartado la primera y la más obvia de las posibilidades, pero era capaz de inventar cualquier otra cosa. La creatividad es peligrosa en las mentes equivocadas. Pero es un riesgo sublime el que corre la imaginación en tan caótico delirio.

-- ¿Y ahora qué? -- no pudo evitar decirlo, de tan acelerada incertidumbre se le escapó del pensamiento.

-- Lo de siempre: improvisemos.

Improvisar: lo que mejor y peor les salía. Pero improvisar la muerte... Qué paradoja.

Ella analizaba el terreno y las variantes que podrían resultar efectivas para quitarse la vida, ya sea sola o con un cómplice en quien poco confiaba. Él no soportó más.

-- Basta. No lo hagas. ¿Qué pensás que vas a ganar con esto?

-- Nada: simplemente voy a dejar de perder. Es un favor que le hago al mundo y a mí misma. No empieces con que es egoísta...

-- Pero, ¿qué sentido tiene? No estás aceptando la muerte, le estás huyendo a la vida, vos que teorizás tanto sobre cobardía... -- No quería sonar desafiante, pero quizá era el único modo de hacerla entrar en razón. O de quitársela.

-- Algunos viven; no: se pasan toda una vida esperando un final feliz. Otros simplemente nos conformamos con buscar el menos triste posible. Por eso elegí este día, porque ayer fue perfecto, y dudo que alguna vez en el tiempo que nos depare seamos tan valientes como para repetirlo. Siento que éste es mi límite, que todo lo que haga después va a cagarlo.

-- ¿Por qué?

-- Porque sí. Me conozco. Cada vez que logré la felicidad plena, mi siguiente movida fue catastrófica. No me sale ser feliz; no puedo. Es un eterno ajedrez destinado al fracaso. A cada jaque que canto me dejo vencer dos piezas. Es decir, sé jugar, pero no quiero ganar. No quiero ganarle a alguien; no quiero que alguien pierda a causa de mi juego.

-- Pero, ¿quién dijo que fuera así? ¿Por qué establecés analogías tan estrictas? Dale una oportunidad a la vida, quizá sea diferente...

-- ¿Diferente a qué?

-- A lo que estuviste jugando hasta ahora. Estás en el tablero indicado, eso no lo dudo, pero te guiás por el manual incorrecto. Tal vez la vida no tenga tantas reglas.

-- Tal vez no tenga reglas... -- le esquivó la mirada y sonrió un tanto ruborizada. Fue una de sus impulsivas e inconscientes reflexiones que le aportaban sentido a todo. Al notarlo, él, por un momento, se sintió esperanzado: su melancolía era destructiva, arrasadora; pero su espíritu por seguir descubriendo y creando era insaciable. La vida se le imponía como algo inevitable.

No dijeron más nada. Se echaron una cómplice mirada y quedaron con los ojos apuntando al horizonte, a su horizonte: esa línea que unía el cielo y la tierra, la vida y la muerte, la soledad y su compañía. Acercó su mano a la suya, pero no llegó a tomársela. Entendieron que la felicidad no se encontraba en todo aquello que soñaban sin realizar, sino en los momentos previos, como un beso que nunca llega a cumplirse. Porque la imperfección era más hermosa, más duradera. Porque así siempre tiraban un poco más el elástico renglón que los separaba del punto final.

De todos modos, aún conservaba un frasco de arsénico en su mesita de luz. Podía postergar su muerte para cuando quisiera...

SE ME PARÓ EL RELOJ

Por: Carmen Barrios Rull



Hoy tengo el día, amor,
descolorido y triste,
se me paró el reloj
al iniciar la marcha...

Prendida en esta araña
he de seguir cautiva,
el desaliento mueve
al cuerpo que acompaña.

¡Qué frágil es el humano
cuando se siente débil,
y falla útil la tabla
tangibile y salvadora!...

Se me paró el reloj,
las ganas de vivir,
con inconstantes ritmos
me dan luces y sombras.

Fue un vuelo corto, leve
rasante, un aleteo...
hoy tengo el día, amor,
sin un solo deseo.

FOTOGRAFÍAS

Por: Carmen Barrios Rull



Todo son fotos que nos recuerdan
unos instantes de placidez...
las enmarcamos con la consciencia
que hemos de verlas, quietas, suspensas
en su mudez...

Nervioso mundo que gira loco,
solo las fotos quietas están,
los ojos fijos de quien nos mira
ya no respiran; miedo me dan...

Paso en silencio por las estancias
do se acumula la soledad...
de unas personas que ya no existen
y adviertes triste su realidad.

Honra de nichos que se engalanan
allá en noviembre, ritos de ayer...
todo son fotos de otras vivencias,
marcos de ausencias...
solo te queda lo que se ve.

BAJO LA LUZ DEL CANDIL

Por: Ana Centellas



Álvaro era un niño que vivía en un pequeño pueblo escondido entre las montañas. Era el único niño que habitaba aquel recóndito pueblo que casi nunca recibía visitas de foráneos y que era como una pequeña gran familia formada por todos los habitantes. Él era feliz viviendo allí, pero en demasiadas ocasiones echaba de menos tener algún amigo con el que jugar. Sus compañeros de escuela vivían en otros pueblos más grandes y, durante los fines de semana y, sobre todo, las largas temporadas de vacaciones escolares, los echaba mucho de menos.

Sin embargo, Álvaro jamás se aburría. Salía y entraba de su casa cuando quería, con la tranquilidad que a sus padres les daba que cualquier vecino del pueblo le estaría

echando un vistazo en dondequiera que se encontrase. Así que Álvaro disfrutaba de una libertad sin precedentes y combatía la falta de amigos con una desorbitada imaginación.

Lo peor era cuando, pasado el verano y las vacaciones, comenzaban las largas noches otoñales e invernales, que apenas le permitían pasar al aire libre todo el tiempo que a él le hubiese gustado.

La única cosa que Álvaro tenía prohibida era internarse en el bosque sin compañía, algo que, hasta el momento, había cumplido a rajatabla. Sin embargo, una de aquellas tardes de otoño en las que ya había anochecido y aún quedaba un buen rato para la cena, le venció la curiosidad. Era sábado y llevaba todo el día ideando algo que le ocupase la tarde, hasta que en su mente se comenzó a forjar la idea de dar un paseo por el bosque y ya no hubo marcha atrás. Una vez que había tomado una decisión debía cumplirla o, de lo contrario, por la noche sería incapaz de dormir. Por no hablar de lo largas que se le hacían las tardes encerrado en casa.

Con una linterna escondida en el interior de su chaqueta, anunció a sus padres que iba a salir a dar un paseo por el pueblo. Ninguno de ellos se opuso, pues tenían toda la confianza puesta en su hijo, que jamás había desobedecido una orden. Además, el avanzado estado de gestación de su madre, que albergaba en su interior dos pequeños, tampoco propició que sus padres se animasen a acompañarle. Pronto tendría compañeros de juegos en aquel pequeño pueblo donde habían encontrado la tranquilidad que necesitaban.

Al principio con pasos temerosos, luego ya más decididos, Álvaro se fue adentrando en el bosque. La oscuridad iba en aumento a medida que avanzaba, pero, de igual forma, le parecía ver cómo se iba acercando una luminosidad tenue que le llamó la atención. Curioso como era, dirigió sus pasos hasta aquel foco de luz que se divisaba entre los grandes troncos de los árboles, hasta que llegó un momento en que no necesitó de su linterna para continuar en su avance.

Oculto tras el tronco de un fuerte roble, observó boquiabierto cómo, alrededor de un claro del bosque, decenas de candiles colgados de las ramas más bajas emitían una cálida y titilante luz. En el centro del claro, diminutas figuras danzaban felices, en pequeños

grupos que, juntos, formaban una circunferencia perfecta sobre el suelo ya cobrizo del bosque.

Sin poder evitarlo, Álvaro salió de su escondite para contemplar mejor a todos aquellos pequeños duendes, elfos y hadas que se habían reunido en el corazón del bosque. En un primer momento, todos detuvieron su baile, quedaron callados y expectantes al verse sorprendidos por aquel niño humano que les triplicaba en altura. Por primera vez en cientos de años habían sido descubiertos. Uno de ellos, el que parecía más anciano, se acercó hasta el niño, dando cortos pasos sobre un pequeño cayado de madera vieja. De inmediato sintió la inocencia en la mirada de aquel humano, la sorpresa que delataban sus ojos y la sonrisa sincera que mostraba su rostro.

Álvaro se incorporó encantado a aquella particular fiesta mágica, tras prometer que, con él, el secreto quedaría a salvo. Desde entonces, Álvaro acudía cada día, cuando ya había caído la noche sobre el pueblo, a su encuentro con sus nuevos amigos del bosque, que jamás permitieron que volviese a estar solo.

A día de hoy, varias décadas más tarde, Álvaro continúa asistiendo a aquellas reuniones de las que tanto disfrutaba y que, ahora, además, le proporcionan una felicidad sublime al observar cómo sus hijos derrochan el mismo cariño a sus pequeños amigos como él mismo lo había hecho en su infancia.

NUESTRA ESPERANZA

Por: Carlos Luis Molina Lara



Hoy el cielo está llorando
como llora mi alma,
como llora mi pueblo
nuestra pena conmovió a lo alto.

Y estamos tan dolidos
¡Oh, corazón del cielo!
Lloramos por nuestra sangre,
lloramos por nuestros pequeños.

El coloso rugió
y su grito fue devastador,
un terrible manto gris de pena
cubre nuestra tierra.

Lloramos con honor
por todos nuestros hermanos,
es tan honda la herida
y lloramos, y tan solo nos abrazamos.

¡Míranos, oh míranos, gran Ajaw!

Del corazón de la tierra
brotó la tragedia,
y lloramos y más nos abrazamos.

Todos somos uno,
uno solo somos todos,
y aunque nos arrodilla la pena
nuestro corazón nos levanta.

Somos las hijas y los hijos
de las mujeres de maíz
y de los hombres de maíz:
somos guatemaltecos.

Y de cada rincón
de nuestra tierra
de eterna primavera,
tal como brotan las flores

Brotara también
de nuestras lagrimas
nuestra fuerza,
nuestra solidaridad.

Y nuestra esperanza
fundida en nuestra bandera,
vuelta canción
en el noble viento.

Con inmenso cariño
nos susurra al oído:
¡Recuerda tu canto patrio!
Hoy más que nunca.

Que no se te olvide
tu linaje de grandes señoríos,
todos unidos,
sostenidos por el amor fraterno.

Y aunque aún
nos broten las lagrimas,
más nos abrazaremos con amor
y nos levantaremos.

Nuestra bandera,
nuestra esperanza,
desde su pedestal en lo alto
nos alienta a nunca olvidar
Y a una sola voz, cantar:
¡Guatemala, tu nombre inmortal!



Y HEMOS VIVIDO

Por: Jessika María Rengifo Castillo



Había caminado bajo cielos rosas, y rodeada de agua cristalina que hacía de mi vida un jardín del edén. Ese jardín se quebraría aquella noche, en que Gerardo, mi esposo, se llenó de celos y me golpearía hasta calmar su furia. Toda su furia se reducía a la salida que tuve el día anterior con Camilo, quien era mi mejor amigo. Jamás engañe a mi marido; lo amaba tanto que no concebía una vida sin él, y Camilo solo quería contarme que su matrimonio no andaba bien. Y es que, cómo iba a andar bien, si Catalina, su esposa, no podía entender que existían otros medios para ser padres. Acusaba a Camilo de su desgracia, y deseaba el divorcio para ser la madre que siempre anheló. Mi esposo no entendió la situación que atravesaba mi amigo y, después de golpearme, me recordó que el divorcio jamás me lo daría. Y en esos *íres y veníres* conocí a mi dulce roquero. Era más dulce que los días de sol, y aunque no solía manifestar sus sentimientos fácilmente, conmigo era distinto: siempre me contaba las canciones que solía escribir en tardes de invierno, y cómo la vida le había regalado la luna con mi compañía.

Así duramos dos años, solamente hablando. Todo cambiaría esa tarde: por primera vez dormiríamos juntos. Y Él me amo con las marcas que dejaron el nacimiento de mis hijos, y los golpes que dejó mi esposo. Y no es fácil, pero hemos vivido un amor real que se teje desde lo absurdo que puede ser el camino.

Y TODO EMPEZÓ

Por: Jessika María Rengifo Castillo



Corría la época de la niñez, y tiempo después recordaríamos uno de los sucesos que destinaría nuestra vida. En aquel tiempo, Camilo y yo, teníamos once años. Once años que nos hacían pensar que las calles fuera de la escuela construían historias de hombres y mujeres, sedientos de vida. Escuchábamos los relatos del dulcero del parque, que siempre describía a su mujer. Decía que el cuerpo de su mujer era un himno al renacimiento. Sus pechos eran grandes y redondos, y no solo sus hijos se alimentaban y saciaban de éstos: él había aprendido a poseerlos como el más dulce panal de las montañas, que se deleitan en el sol. Su vientre era plano, casi parecido al cuerpo de una guitarra, a pesar de parir tres hijos. Y una de las cosas que más amaba era besarlo en las noches de invierno. Recordaba que había anidado al fruto de su amor, y era tan suave como el terciopelo. Sus cabellos eran una oda a la noche, y pintaban esa pálida almohada, recordándole que era su amor. Y no podía olvidar que sus caderas anchas eran el delirio que endulzaba a sus frágiles labios. Todo ella era un paraíso terrenal ante un hombre tan simple como él.

Esa historia nos gustó tanto, que juramos en nuestra adultez tener una similar...

Camilo era el novio de Lorena, una chica muy brillante, y tan bella como las rosas. Y yo, me hice novia del argentino más lindo de todo el mundo. Los dos éramos felices y seguimos siendo los amigos de siempre. Esos que comían dulces en el parque, hablaban de la situación del mundo y de sus relaciones personales. Así fue nuestro caminar durante tres años, hasta que Esteban, mi amado argentino, murió en un accidente automovilístico. Fue una situación tan dolorosa que dividió mi vida; tanto, que deje de ser la chica optimista y risueña que se enamoró Esteban. En el caso de Camilo, su relación con Lorena empezó a deteriorarse: ya no eran ni la sombra de la pareja que yo admiraba. Tanto así, que aquella mañana de abril, esa hermosa relación término. Y en medio de ese dolor que atravesábamos, Camilo me frecuentaba todos los días. Nuestra amistad se afianzo a tal punto que éramos inseparables. Aquella tarde, Camilo me confesaría que sus sentimientos habían cambiado. Aprendió a amarme desde lo más profundo de su corazón, y deseaba que estuviéramos juntos. En un principio me negué a aceptar esos sentimientos; era mi amigo y no deseaba perderlo por una confusión. Pero él insistió en que ese amor era tan real como el agua, y tan solo deseaba que construyéramos una historia desde lo que éramos. No pude negarme más: yo también lo amaba. Nos hicimos novios esa misma tarde, y así estuvimos durante cuatro años, entre *íres y veníres*. Realmente le habíamos robado un fragmento al cielo, éramos felices...

Cami, siempre soñó con hacer un doctorado en historia que no fuera en el país. Anhelaba tanto conocer otras culturas y otra gente que enriqueciera sus procesos de conocimiento... Hacia unos meses, que había aplicado a una beca con la universidad de Kioto, que es una de las más reconocidas de Japón. Él había obtenido esa beca y estaba tan feliz: sería un doctor en Historia. Yo estaba tan orgullosa y era tan feliz por lo que había logrado que no podía destruir su felicidad ante mi corazón entristecido. Lo amaba tanto que no hubiese impedido sus sueños, y él había prometido que regresaría en otoño. Meses atrás, tuvimos relaciones sexuales sin habernos cuidado, y no me sorprendía que la regla no se manifestara; nunca había sido regular. Quizás lo que empezaba a preocuparme era que mis pechos querían estallar del dolor, las náuseas ante aquellos

dulces de coco que tanto me gustaban y los mareros repentinos. No amaba los hospitales; son tan deprimentes que aborrecía tener que ir a ellos, y mi estado de salud no ayudaba. Al final tuve que ir, y ese día supe que sería madre, y una extraña sensación invadió mi ser. Siempre había amado a los niños; quizás son de los pocos seres que transforman mi estado de ánimo con sus palabras y sonrisas. Pero en ese momento esa llegada no era tan oportuna, y no dañaría la beca de Cami. Él había luchado tanto por tener esa beca, que decidí no contarle nada.

Han pasado cuatro meses: mi vientre ha crecido tanto y estoy tan agradecida de darle vida a la vida... aún no sé qué tendré; el bebé no quiere dejarse ver. No me molesta, siempre me ha gustado lo incierto ante tanta alienación. Ayer le conté todo a Camilo, y estaba más emocionado que un niño en una fiesta. Pensé que se molestaría ante mi silencio, y no fue así; haría lo mismo por verme feliz, insistió varias veces. Trajo a su memoria las reminiscencias de aquellos años infantiles, diciendo: «y todo empezó con los relatos de nuestro viejo amigo el dulcero, el amor desmedido que tengo, y nuestra historia se sigue escribiendo en tres».

ARTÍCULO - LOS DUENTES Y LAS BRUJAS: ALGO QUE CONTAR

Por: Jessika María Rengifo Castillo y Héctor José Sanjuas



“Nada me complacía tanto como leer o escuchar horribles historias de genios, brujas y duendes; pero, por encima de todas las escalofriantes apariciones, prefería la del Hombre de Arena que dibujaba con tiza y carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes bajo las formas más espantosas.” Ernst Theodor Amadeus Hoffmann.¹

Los duendes y las brujas son seres fantásticos, que se instalan en determinados lugares, ocasionando alborotos, hechizos, y travesuras. Según los cuentos populares estos personajes se manifiestan en niños, ancianos, princesas o príncipes, juguetones, y burlones. En palabras de Anet Cortez Valle (2008): *“Los duendes se distinguen de los elfos por*

¹Escritor, jurista, pintor y compositor alemán de brillante personalidad que influyó en el movimiento romántico de la literatura alemana.

su pequeño tamaño, sus orejas son puntiagudas, algunas especies son de nariz grande y otras, pequeña, su cabello es largo y a veces suelen ser peludos y portan largas garras. Generalmente son semejantes a un niño pequeño en estatura, aunque también son descritos subtipos más pequeños; los cuales son denominados "duendecillos". Antiguamente se relacionaba a los duendes con las brujas: se decía que eran sus consortes, conocidos como familiares. Hoy en día y, escarbando un poco en los libros de hechicería antigua, determiné que dicho comportamiento se debía a que pueden ser atrapados por un hechizo que los obliga a fingir como espías o ayudantes; de ahí la creencia de que podían ser los asistentes fieles de las brujas, mejor dicho, hechiceras." P. 11

Desde esa perspectiva, no se puede negar el vínculo que establecieron los duendes y las brujas en la antigüedad, caracterizándose por ser sujetos mágicos que alegraban o atormentaban la vida de los seres humanos. Siendo pioneros en magia, adivinación, y creencias ocultas, que en varias ocasiones perdieron su fuerza ante personas que portaran un trébol de cuatro hojas, y la imagen de San Patricio, el patrono de Irlanda, quien los desterró de la casa de Dios. Sin embargo, el 17 de marzo, que es su día, se afirma que salen todos los seres encantadores de sus escondites, y hacen travesuras.

Cabe señalar que Nina de Friedemann en (1997), cita a A. Hampaté Ba cuando señala que: *"la tradición oral no se limita a cuentos y leyendas o relatos míticos e históricos. La tradición oral es, conforme al mismo autor, la gran escuela de la vida. Es religión, historia, recreación y diversión."* P. 21.

Es decir que, la tradición oral es el resultado de relatos que emergen de personajes misteriosos como duendes y brujas, que representan la vida misma del autor y los espectadores. Además, El antropólogo español Julio Caro Baroja (1960), propone: *"diferenciar entre «brujas» y «hechiceras». Las primeras habrían desarrollado su actividad en un ámbito predominantemente rural y habrían sido las principales víctimas de la caza de brujas en los años 1450 a 1750. En cambio, las hechiceras, conocidas desde la antigüedad clásica, habrían actuado en la ciudad. Como ejemplo de las primeras, Caro Baroja pone a la sorgina de la brujería vasca, y de las segundas al personaje de La Celestina de Fernando de Rojas. De esta última dice que, aunque el autor "dibujó su*

espléndido personaje tomando elementos de la literatura latina, de Ovidio, de Horacio, etc." sus rasgos coinciden "con los que aparecen enumerados en los procesos levantados a las hechiceras castellanas por los tribunales inquisitoriales". En ese sentido, las brujas eran vistas como sujetos rurales que debían ser cazados, mientras que las hechiceras eran brujas clásicas que debían ser apreciadas por sus labores de encantamiento y resolución de conflictos sociales. Como si fuera poco, Claude Levi Strauss, permeado por la obra de Marcel Mauss, analiza el término del consenso social sobre las prácticas mágicas en el capítulo "El hechicero y su magia" de su obra *Antropología Estructural* (1995), y determina la importancia de la magia dentro de una comunidad como eje esencial de su eficacia en el ámbito real, a partir de situaciones concretas de distintos grupos humanos en los que los actos mágicos soportan el sentido de la realidad y la cohesión social, que representan esos grupos desde aspectos políticos y religiosos. Es decir, que la organización de una comunidad se establece desde aspectos socioculturales, elementos esenciales en la organización de duendes y brujas, a la hora de accionar.

Claro que esto no explica todo: indagar sobre las brujas y los duendes no es una tarea fácil. Son extraños seres que son hombres, que son mujeres, que son niños, que son princesas, que son ángeles, y que son espíritus. Sin embargo, se puede aventurar por ese planeta de esa gente menuda, buena, simple, que son habitantes del universo de las hadas. Poseedores de toda clase de talismanes, conjuros, una alta dosis de humor y, en ocasiones, agresividad, aunque son invisibles para los seres humanos, quizás por la falta de imaginación y sueños. Nada, pues, más expresivo que las palabras del médico y alquimista suizo Paracelso en su libro *Philosophia Occulta*, donde expresa que: *"elementales" no pueden clasificarse entre los hombres, porque algunos vuelan como espíritus, no son espíritus, porque comen y beben como los hombres. El hombre tiene un alma que los espíritus no*

necesitan. Los elementales no tienen alma y, sin embargo, no son semejantes a los espíritus, éstos no mueren y aquéllos sí mueren. Estos seres que mueren y no tienen alma, ¿son pues animales? Son más que animales, pues hablan y ríen. Son prudentes, ricos, sabios, pobres y locos igual que nosotros. Son la imagen grosera del hombre, así como este es la imagen grosera de Dios... Estos seres no temen ni al agua ni al fuego. Están sujetos a indisposiciones y enfermedades humanas, mueren como las bestias y su carne se pudre como la carne animal. Virtuosos, viciosos, puros e impuros, mejores o peores, como los hombres, poseen costumbres, gestos y lenguaje". En ese sentido, las brujas y los duendes se convierten en sujetos que experimentan los acontecimientos que permean a los hombres desde el campo de la magia o fantasía, que los hacen más llevaderos en medio de alegrías, y tristezas. Además, tratar de clasificarlos es tarea ardua, como los sentimientos de los seres humanos, que son tan complejos.

Y es que, en medio de esa curiosidad de saber cómo están constituidos, aparecen múltiples nombres, y costumbres, que adoptan en el planeta humano. Es por eso que se les llama "elementales", término que abarca que son duendes, brujas, hadas, espíritus, y geniecillos, nombres que identifican una parte de ese universo, sin olvidar que no son todos. Ese concepto de "elementales" los define perfectamente, porque están constituidos por elementos básicos de la naturaleza como el agua, el fuego, el aire, y la tierra, que les permiten desarrollar sus distintos encantos o travesuras en el mundo. Es importante señalar que todos estos seres presentan actitudes similares, algunas de las cuales son:

1. Son seres interdimensionales y atemporales. Caracterizados por no regirse por las leyes físicas, a pesar que todos sus indicios establecen que viven como los seres humanos, protegiendo la naturaleza.

2. Viven en comunidades organizadas jerárquicamente, existiendo un rey o reina que los gobierne. Se manifiestan de manera individual, y suelen tener familias y una vida similar a la de los humanos.
3. En su estado habitual son invisibles al hombre, aunque no para algunos niños y animales, que pueden hacerlos aparecer o desaparecer a voluntad.
4. Son inteligentes, en el sentido en que obedecen a un fin racional y concreto. Algunos parecen poseer una inteligencia extremadamente desarrollada, pero todos tiene ciertas limitaciones que les hacen en ocasiones parecer débiles y fáciles de engañar ante los humanos, aunque muchos de ellos disponen de poderes para nosotros inalcanzables.
5. Cuando se hacen amigos de un humano o, por alguna razón, lo estiman y aprecian, le otorgan grandes regalos materiales o bien poderes psíquicos (telepatía, clarividencia). Si, por el contrario, nos enemistamos con ellos, son tremendamente rencorosos y vengativos. Un ejemplo muy claro lo tenemos en los duendes familiares y las hadas.

A manera de conclusión, se puede establecer que el mundo de las brujas y los duendes es fantástico. Caracterizado por habitar en los sueños y en la mitología de todos los países del planeta, que con sus relatos hacen que los seres humanos puedan tener diversas interpretaciones de los sucesos que les ocurren en esos *íres y veníres*. La tarea ha de centrarse en darle la bienvenida nuevamente al

mundo de la fantasía, que ayuda a comprender los diversos hechos que les ocurren a grandes y a chicos. Además, no hay que olvidar lo que dice la mitología vasca: "*Direnik ez da sinistu bear; ez direla da esan bear*" "*Gabe gabeskuenzat et eguna eguneskuenzat*" "*Izena don guztie emen da*" o, en otras palabras: "No hay que creer que existen; no hay que decir que no existen. La noche para los de la noche, y el día para los del día: todo lo que tiene nombre, existe."

Referencias

- Caro, B. J. (1960). *Las brujas y su mundo*. Ediciones del Prado. Alianza Editorial, Madrid.
- Cortez, V. A. (2008). *Duendes, Aluxes y Chaneques*. Editorial Época, S.A. de C.V. México, D.F.
- Friedemann de, N. (1997). *De la tradición oral a la etnoliteratura*. En: Revista América Negra n 13. Bogotá, Colombia. Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado de:
<http://www.humanasunal.edu.co/colantropos/documentos/frideman%20etnoliteratura.pdf> Consultado el 27 mayo 2018.
- Levi, S. C. (1995). *Antropología Estructural*. Ediciones Paidós, Barcelona, España.
<https://pensamientoscelebres.com/frase/nadamecomplaciatantocomoleeroescucharhorribleshistoriasdegen/>

POÉTICA EN VUELO

Por: Washington Daniel Gorosito Pérez



POESÍA EN MOVIMIENTO

La palabra poética es pájaro.
En su vuelo,
para hablar con los dioses,
esquiva las lanzas de astro rey,
dejando a su paso cristallitos de mar aéreo.

El verbo incandescente
hace que la neblina de la tinta
se vaya disipando.

Fluyen letras en bandadas,
tejiendo poesía en movimiento,

y al nacer los versos
son coronados con aureolas
de polvo solar.

LAS NO PALABRAS

Máquinas y pájaros
comparten las alturas.

Alas metálicas
contra plumas multicolores.

Los pájaros, ya casi
no tienen cielo.

Sus ojos, gotas de miel,
observan polimorfos objetos.

La palabra en vuelo,
el viento la empuja.

Y los versos laten
con la calidez del verbo.

Un poema rompevientos
es festejado por los aleteos rítmicos.

En la biblioteca de los pájaros
solo hay poesía.

Y la brisa acarrea

las no palabras.

LETRAS ALADAS

Seré un pedazo de tierra.
Seré surco donde plantarán
semillas de poesía
y surgirán versos,
que nacerán lacrimosos.

Carrusel de letras girando silenciosas,
versos que romperán el tiempo,
esperados por pájaros ansiosos,
ávidos de nuevos poemas
que no comieron ni una semilla,
las cuidaron,
volando en círculos concéntricos
multicolores.

Aromas de letras calientes,
versos dorados,
recién horneados.

Pan de letras,
nutrientes del espíritu,
volarán muy alto.

Poesía con alas.

PRESENTACIÓN DEL LIBRO “LA PESETA”

Por: Daniel de Culla



“Entre amigos, como siempre, y algún que otro curioso/curiosa, Daniel de Culla ha ido derramando su Verbo y su Palabra como semilla de amistad, de esperanza y de verdad, sacados de su nuevo, bello y exquisito libro “LA PESETA”. Con su humor característico, la luz de su palabra nos ha animado, sin cesar, a estar siempre despiertos, a querernos, con respeto, en Paz y Libertad, hasta el final.

“Los que a “La Peseta” se abracen, de los cielos del Amor carnal han de gozar”, ha dejado dicho el Poeta”. -Gerineldo Fuencisla

Género: Poesía, Narrativa, Dibujos/Fotos/ y más. A todo color.

Páginas: 418

Año de publicación: 2018

Para saber más: Espacio Tangente, Burgos / Lozprinter, Granada / Grupo Poético “Elogio del Rebusno”, Madrid.

ALMIZCLERO CERVANTINO

Por: Daniel de Culla



Tengo un cervatillo a quien le llamo “Cervantes”,
comprado a un tal “Don Miguel de”,
en la Parroquia de Cervantes,
Ayuntamiento con 21 parroquias en Lugo.
Rumia como el mismo Cervantes Saavedra,
el “Manco de Lepanto”, las letras
en sus altos y bajos con esfuerzo,
donde no faltan versos quebrados ni medios.

Le leo el “Don Quijote”
y sabe mucho de su texto,
saliendo fiador de Sancho Panza,
que bien supo desplegar en la ciencia de los asnos,
cuando preguntándole Sancho:

-Mi señor Don Quijote,

¿sabe de seguro si hay remedio para hacer
que los asnos no rebuznen?

Y usted le dijo:

-Amigo Sancho, con un peso o maza
que al rabo se les ponga,
se evita que rebuznen los jumentos.

¡Qué ciencia en punto tan delicado!

Siempre nos acordamos de molinos de viento,
de ganados de ovejas como ejércitos,
pero nos olvidamos del experimento
de poner mazas o pesos en los rabos.

Y Sancho, de seguro, lo probó,
al ser él más cuerdo que Don Quijote
quien, aunque ligeramente no prestó asenso,
de Sancho salió fiador,

en tiempos diferentes, en climas bien variados
bien diversos,

Pues, con un peso en el rabo,
no nos aturdirían tanto los Jumentos
en Cónclaves, Iglesias o Senados,
como bien dijo Sancho.

NOTA DE PRENSA Y RESEÑA DE “CUANDO EL DIABLO SE SIENTA A TU LADO”
Por: Rachel Ripley



Imagen tomada de la web [“Navegando entre letras”](#) con el único propósito de promocionar esta obra.

Cuando el diablo se sienta a tu lado: Una novela de Rachel Ripley lanzada en el mes de junio de 2018 para cambiar la percepción de lo realmente importante

La autora Rachel Ripley nos presenta su obra *Cuando el diablo se sienta a tu lado*, una novela donde el dramatismo se palpa en cada línea, y donde la lucha interna del protagonista adquiere un ritmo atractivo para el lector, que logra engancharse en la red de las múltiples contradicciones que presenta el perfil psicológico del protagonista.

Leo, un joven empleado en una multinacional, vive relativamente feliz con Laura, su esposa. Forman un matrimonio con los problemas cotidianos de cualquier pareja de clase media. Pero Leo, ambicioso, se embarca en una peligrosa espiral que lo llevará a acumular cuantiosas deudas que lo colocarán al borde del abismo. Cuando cree que roza el fin, conoce a Álex, un tipo de aspecto elegante y modales excéntricos. Este lo invita a subir a su lujoso coche y le cuenta una historia increíble que a Leo le cuesta

crear. Antes de subir a casa, el hombre le da un papel doblado con el que solucionará para siempre sus problemas económicos y hará desaparecer todas sus deudas.

Leo, con el casero acuciándole y agobiado por los nubarrones que le acechan, seguirá el consejo de Álex. Casi al instante, el dinero comienza a lloverle, sus deudas a desaparecer e incluso las cartas y las ruletas le favorecen siempre. Sin embargo, un día, al mirarse al espejo, la vida le da un vuelco...

Rachel Ripley nació en Madrid en 1967. Ha vivido, además de en España, en Estados Unidos y en Francia; lo que le ha permitido, aparte de mejorar sus idiomas, trabajar como profesora de español para extranjeros y, sobre todo, tener una mente más abierta a la hora de mirar a sus semejantes. Estudió Derecho en la UAM y cursó un Máster en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera en la Universidad Antonio de Nebrija, que le ayudó a unir dos de sus grandes pasiones: la enseñanza y los idiomas.

Aunque desde niña ha tenido muy claro que quería ser escritora, hoy en día trabaja como coordinadora de equipo en una multinacional, con un horario que le permite dedicar gran parte de su tiempo a escribir.

Para recordar su primer cuento publicado, ha de remontarse a los tiempos del colegio, cuando uno de sus relatos apareció en la revista mensual del mismo. Una versión libre de «*El Perro de los Baskerville*», de Sir Arthur Conan Doyle, en la que algunas de sus compañeras de clase eran las protagonistas del relato. En aquella época, llenaba cuadernos y cuadernos de historias que salían de su cabeza sin ningún esfuerzo, y que guardaba con sumo cuidado. Desde entonces, no ha dejado de disfrutar de su auténtica vocación: escribir.

«En esos momentos el mundo se desvanecía a mi alrededor, y solo importábamos el dinero, el juego y yo»

COLABORADORES



Joaquín Toyos Méndez: Oviedo, 1.979. Después de diplomarse en Ciencias Empresariales por la Universidad de Oviedo, pasa a trabajar de contable en una distribuidora. Posteriormente, tras presentarse a unas oposiciones, obtiene plaza de empleado municipal. “Escritor” totalmente aficionado. Finalista en el *I Certamen Literario Ediciones Negras*.

Ginés Carrascoso (literal): «Tengo una vaga idea de cuándo comencé a escribir, aunque sé seguro que no fue en la niñez. La primera vez que me puse delante de un papel, fue por amor. Después fue la naturaleza, después la vida...En fin, son la belleza y cualquier buena historia las que debe estar preocupadas de que las persiga y las acabe escribiendo».

Juan Alberto Campoy: Ha escrito cuatro libros de relatos cortos: *Una Gavilla de Cuentos*, *Totum Revolutum*, *La Realidad y otras Ficciones* y *Relatos Verídicos y Casi Verídicos*.

Ana Centellas

Carlos Luis Molina Lara: lector entusiasta, escritor, amigo de las letras, muy orgulloso de ser ch’orti, descendiente del señorío Paayaquí, criollo, nacido en Chiquimula, la maestra eterna, bajo la protección de Aq’ab’al, hijo de la tierra del quetzal, el país de la eterna primavera, Guatemala, corazón del mundo Maya.

Yessika María Rengifo Castillo: Escritora colombiana. Docente, Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, especialista en Infancia, Cultura y Desarrollo, y

Magister en Infancia y Cultura de la Universidad Distrital Francisco José De Caldas, Colombia. Desde niña ha sido una apasionada por los procesos de lecto-escritura, ha publicado para las revistas Infancias Imágenes, Plumilla Educativa, Interamericana De Investigación, Educación, Pedagogía, Escribanía, y Proyecto Sherezade. Ha participado en diferentes concursos nacionales e internacionales, de cuentos y poesías. Autora del poemario: Palabras en la distancia (2015), y los libros El silencio y otras historias, y Luciana y algo más que contar, en el librototal.com. Ganadora del I Concurso Internacional Literario de Minipoemas Recuerda, 2017 con la obra: No te recuerdo, Amanda.

Washington Daniel Gorosito Pérez: Nace en Uruguay el 24 de junio de 1961. Estudios en Periodismo aplicado a los Medios de Comunicación Social, Licenciado en Sociología. Postgrado en Enseñanza Universitaria. Diplomado en Desarrollo Humano Integral. Master en Ciencias con Especialidad en Sociología. Actualmente es Candidato a Doctor en Ciencias con Especialidad en Pedagogía. Catedrático Universitario, Periodista, Conferencista, Poeta, Ensayista e Investigador. Ha obtenido premios de periodismo, ensayo, cuento y poesía en México, Uruguay, Brasil, Argentina, Venezuela, Estados Unidos, Alemania y Francia. Ha integrado 17 antologías literarias en Uruguay, México, Argentina, Italia, España y Estados Unidos. Columnista de Análisis Internacional y Temas de Seguridad y Defensa en publicaciones de México, Uruguay, Argentina y Ecuador. Ha prologado obras en Uruguay, México y Ecuador. *Su poema “Gaucho del Uruguay” fue ilustrado por el pintor Mario Giacoya y forma parte de la colección pictórica denominada “Homenaje a los Poetas Uruguayos”.

Daniel de Culla

Rachel Ripley



REVISTA LUZ DE CANDIL - NÚMERO 11